

Munera gladiatorum
Origen del deporte espectáculo de masas*

Mauricio PASTOR MUÑOZ
Alfonso MAÑAS BASTIDA
Universidad de Granada

Resumen

Destacados historiadores del deporte coinciden en establecer que el “deporte espectáculo de masas” tuvo su origen a comienzos del siglo XX. Para ellos, las formas de deporte que se dieron anteriormente no se pueden considerar como “deporte espectáculo de masas” porque carecen de alguno de los rasgos que lo definen como tal. Sin embargo, en este trabajo se aportan datos suficientes que permiten establecer que dicho espectáculo hay que remontarlo, al menos, al siglo I de nuestra era. En este breve trabajo se analizan pormenorizadamente las fuentes clásicas que hacen referencia a los juegos de gladiadores (*munera gladiatorum*) y que nos permiten considerarlo como el primer deporte espectáculo de masas.

Abstract

Leading authorities in the history of sport coincide in stating that “mass spectator sport” originated at the beginning of the 20th century. According to them, the forms of sport that occurred before cannot be considered as “mass spectator sport” because they lack some of its defining features. Nonetheless, this work provides sufficient evidence to allow us to establish that that form of sport started as early as the 1st century AD, if not earlier. This brief work analyses in depth the classical sources recording the gladiator games (*munera gladiatoria*) that enable us to consider them the first “mass spectator sport”.

Palabras clave: Munera gladiatorum, ludi, gladiadores, espectáculo de masas.

Los historiadores del deporte coinciden en establecer que el fenómeno que llamamos “deporte espectáculo de masas” se inicia en los albores del siglo XX.

Sociólogos, economistas y filósofos¹ consideran esta fecha inamovible². Para todos ellos, las diferentes formas de deporte, que antes se dieron en la historia, no pueden considerarse “deporte espectáculo de masas”, porque carecen de los rasgos que definen dicho deporte. Sin embargo, en nuestra opinión, el deporte gladiatorio posee muchos de esos rasgos, lo que nos permite adelantar su aparición al siglo I de nuestra era, o incluso antes.

Los rasgos que definen el deporte espectáculo de masas son los siguientes:

- La dimensión del espectáculo es muy alta³.

* Este trabajo se enmarca dentro del Grupo de Investigación de la Junta de Andalucía HUM-865.

1. Cf. K. HEINEMANN, *Introducción a la economía del deporte*. Barcelona, 1998, p. 19; S. ROTHENBERG, “The Baseball Player’s labor-Market”, *Journal of Political Economy*, 64 (1956), p. 3; C. DIEM, *Historia de los deportes*, Barcelona, 1966, p. 133; R. MANDELL, *Historia cultural del deporte*, Barcelona, 1986, p. 193; J. M. CAGIGAL, *Deporte: espectáculo y acción*. Barcelona, 1981a, p.44; *Idem*, *¡Oh Deporte!* Valladolid, 1981b, p.51.

2. S. ROTHENBERG, *op. cit.* p. 3: “En lo que llevamos de década [de los 1950s] el mercado laboral de los jugadores de béisbol [en USA] ha alcanzado un nivel de desarrollo económico sin precedente. Podríamos ciertamente decir que hemos entrado en una nueva etapa del deporte”; C. DIEM, *op. cit.* p. 131: “[a principios del siglo XX] la vida americana ha influido en un sentido al deporte: ha aparecido una industria en el campo de las diversiones que se ha enseñoreado del deporte; con ello se estimuló la afición a los espectáculos”; J. M. CAGIGAL, *op. cit.* 1981a, p. 44: “podemos plantearnos en el último cuarto del siglo XX ... que acaso hayamos iniciado un nuevo periodo del deporte... en el que aparecen otras funciones... como gran espectáculo, política... los cuales nos sitúan ante un deporte mucho más variado, gigantesco, multifuncional”; R. MANDELL, *op. cit.* p. 193: “[Desde la década de 1890s] los nuevos deportes americanos [béisbol, baloncesto, fútbol americano] dieron un tremendo impulso al deporte espectáculo”; K. HEINEMANN, *op. cit.* p. 19: “Desde la década de 1950 en adelante podemos hablar de un nuevo tipo de deporte, más espectacular y masivo en su seguimiento, representado, por ejemplo, por las grandes sumas de dinero que movía entonces el béisbol en USA, con contratos espectaculares a jugadores.” La fecha puede variar en función del país que se estudie. Así, el mismo C. Diem que cita 1907 como inicio del deporte espectáculo (*op. cit.* p. 131) advierte que en el caso de Inglaterra (con su liga de fútbol y copa) este nuevo tipo de deporte ya se daba hacia 1880 (*op. cit.* p. 86). En el caso de España no podemos hablar de deporte espectáculo de masas hasta los años 1920s, cuando el fútbol tiene ya una fuerza mayor (Cf. F. CALATAYUD, *De la gimnasia de Amorós al deporte de masas*, Valencia, 2002, p.34); E. BETANCOR, *De Spectaculis: Ayer y hoy del espectáculo deportivo*, Madrid, 2001, p.55, también da el siglo XIX como la fecha a nivel internacional.

3. C. DIEM, *op. cit.* p. 131; J. M. CAGIGAL, *op. cit.* 1981a, p. 44; *Idem*, 1981b, p. 51.

- Es seguido por una enorme masa de gente de manera regular⁴.
- Se siente atraído por un gran número de espectadores.
- Existe un sistema económico asociado a ese deporte⁵.
- Los deportistas son producto de consumo de la masa⁶.
- Existe un recinto diseñado especialmente para su contemplación⁷.
- Participación de la mujer.

Veamos, en primer lugar, las diferencias entre “deporte”, “deporte espectáculo” y “deporte espectáculo de masas”.

- *Deporte*: hay un reglamento, hay voluntariedad (por parte de quien lo practica) y hay impredecibilidad del resultado. Así pues, deporte puede ser una “pachanga” con los amigos, pero no hay espectáculo.

- *Deporte espectáculo*: resulta especialmente vistoso a los ojos del espectador (por ejemplo, el judo o el kárate), pero no hay una masa que lo siga.

- *Deporte espectáculo de masas*: cumple los 2 conceptos anteriores, pero aquí la dimensión del espectador se magnifica y se convierte en una masa ingente que sigue de continuo la evolución de dicho deporte, como ocurre con el fútbol en nuestra sociedad, o el fútbol americano o el béisbol en la estadounidense.

Teniendo en cuenta esto ¿por qué no se pueden considerar deporte espectáculo de masas algunas de las formas de deporte que se dieron antes del deporte gladiatorio, como el deporte en Mesopotamia o en Egipto, o más aún, el deporte en Grecia, como los Juegos Olímpicos?

En el caso de las épocas anteriores al deporte griego su exclusión se justifica fácilmente, puesto que sabemos que eran practicadas y seguidas por grupos minoritarios, especialmente por las elites aristocráticas, muy exiguas en número⁸; además, se realizaban en cualquier lugar y no existía un recinto específico para su realización⁹ y tampoco tenían un sistema económico asociado¹⁰.

En el caso de Grecia, concretamente en los Juegos Olímpicos, sí tenemos una masa de seguidores mayor, un recinto específico¹¹ y un sistema económico

4. C. DIEM, *op. cit.* p. 133; J. M. CACIGAL, *op. cit.* 1981a, p. 50; R. MANDELL, *op. cit.* pp. 193-194.

5. K. HEINEMANN, *op. cit.* p. 19; S. ROTHENBERG, *op. cit.* p. 3.

6. C. DIEM, *op. cit.* p. 133; K. HEINEMANN, *op. cit.* p. 19; S. ROTHENBERG, *op. cit.* p. 3.

7. C. DIEM, *op. cit.* p. 132; R. MANDELL, *op. cit.* p. 195.

8. Cf. R. MANDELL, *op. cit.* p. 16.

9. C. DIEM, *op. cit.* p. 20; R. MANDELL, *op. cit.* p. 17.

10. R. MANDELL, *op. cit.* pp. 17-22.

11. Los estadios griegos estaban diseñados para la realización de los deportes, pero no para que los presencien y disfruten de ellos una gran masa de espectadores, como ocurre en los anfiteatros romanos.

asociado. Pero aún así tampoco podemos considerar esta forma de deporte olímpico como deporte espectáculo de masas, por las siguientes razones:

1. Evidentemente, los Juegos Olímpicos son deporte y espectáculo, pero no había una masa de espectadores que los siguiese tal y como entendemos hoy día. Solamente se realizaban durante una semana cada cuatro años, por lo que tampoco podemos considerarlos como una congregación puntual de gente.

2. Además, los Juegos Olímpicos y el deporte griego, en general, carecían de un sistema económico asociado complejo. Sí existían apuestas y premios para los deportistas, pero no había un mercado de deportistas, ni el estado cobraba impuestos sobre la actividad deportiva, como sabemos que ocurría en el deporte gladiatorio romano y en el deporte actual.

3. Los deportistas griegos que participaban en los Juegos Olímpicos tampoco eran producto de consumo de la masa, como ocurría con los gladiadores romanos y con los deportistas actuales. En síntesis, el deporte griego no se hacía en función de la masa que asistía, sino que los asistentes se amoldaban al espectáculo ofrecido, puesto que se trataba de un asunto religioso que nunca hizo concesiones a la masa en sus más de 1.100 años de historia (776 a.C. - 393 d.C.).

Por su parte, en los *munera gladiatorum*, sí aparecen todos estos elementos: los juegos se celebran casi todos los días del año, el *munus* era un sistema económico en sí mismo, los *gladiatores* eran productos de consumo de la masa; de hecho, la dimensión misma de masa adquiere una magnitud completamente nueva con el *munus*: de los aproximadamente 20.000 espectadores diarios durante la semana de los Juegos Olímpicos, se pasa a los 85.000 del Coliseo o a los 250.000 diarios del *Circus Maximus*¹² y durante casi todos los días del año¹³.

12. Los *Catálogos Regionarios* de la época constantiniana describen al edificio como *Amphitheatrum qui capet loca LXXXVII* (anfiteatro con capacidad para 87.000 localidades). El desconocido autor de los catálogos quiso así hacer referencia al aforo de este edificio, excepcionalmente grande para tratarse de un anfiteatro, pero nada en comparación con los 250.000 espectadores que acogía el *Circus Maximus*. Sobre la capacidad de los anfiteatros y concretamente del Coliseo cf. principalmente, P. COLAGROSSI, *L'anfiteatro Flavio nei suoi venti secoli di storia*, Florence, 1913; G. COZZO, *Il Colosseo: Anfiteatro romano*, Roma, 1971; M.L. CONFORTO, y A.M. REGGIANI, (eds.): *Anfiteatro Flavio: Immagine, testimonianze, spettacoli*, Roma, 1988; J.C. GOLVIN, *L'amphitheatre romain: Essai sur le theorisation de sa forme et de ses fonctions*, París, 1988, pp. 173-180; J. C. GOLVIN y C. LANDES, *Amphitheatres et gladiateurs*, París, 1990; E. GUNDERSON, "The Flavian Amphitheatre: All the World as Stage," en A.J. BOYLE y D.W.J. DOMINIK, (eds.), *Flavian Rome: Culture, Image, Text*: 637-658. Leiden: Brill, 2003.

13. El año 80 se inauguró el anfiteatro Flavio con 100 días seguidos de *munera*, en el 106 Trajano celebró su victoria sobre la Dacia con 123 días seguidos de juegos gladiatorios, en 109 ofreció *munera* durante 117 días consecutivos, en el 248, el milenio de la urbe se

En este sentido, disponemos de un número considerable de textos o fuentes que evidencian que los rasgos del deporte espectáculo de masas ya se daban en el deporte gladiatorio. Dichos rasgos se daban a niveles tan altos que no se igualarían ni con el nacimiento del deporte espectáculo de masas en el siglo XX, sino que éste debería evolucionar algunas décadas para igualar el grado de desarrollo alcanzado en época imperial romana¹⁴.

A) Textos que aluden al sistema económico del deporte gladiatorio.

El proceso por el cual la gladiatura evoluciona desde las primeras prácticas fúnebres (siglo III a. C) hasta el deporte espectáculo de masas económicamente desarrollado en que se convirtió fue el siguiente: inicialmente los romanos heredaron de los etruscos la costumbre de enfrentar a espada a esclavos o prisioneros de guerra sobre la tumba de un familiar muerto, en la creencia de que el alma del difunto se beneficiaba de la sangre del caído¹⁵. Pero al cumplir con esta

conmemoró con un centenar de días seguidos de *munera*. Pero estos solo eran *munera* extraordinarios a los que había que sumar los *munera* ordinarios. En conclusión, L. FRIEDLÄNDER, “Roman Life and Manners Under the Early Empire”, traducción de J.H. FREESE y L.A. MAGNUS, 4 vols., New York: Barnes and Noble, of *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms in der Zeit von August bis zum Ausgang der Antonine*, 1865 [1965], 2, p.11, dice: “el número de días que cada año se dedicaban a los combates gladiatorios no puede calcularse en ninguna época, ya que a los espectáculos ordinarios (fecha fija) había que añadir los extraordinarios, cuyo número era incalculable.”

14. Por ejemplo, la capacidad del anfiteatro Flavio no fue superada por ningún recinto similar hasta 1923, cuando se inauguró el estadio de Wembley (con capacidad para 127.000 espectadores). No obstante, ningún estadio actual o recinto cerrado de hoy día se acerca ni de lejos a los 250.000 espectadores que podía alojar el *Circus Maximus*.

15. Tertuliano, *De Spectaculis* 12.1–4 dice al respecto: “Aún queda por examinar el más prominente y destacado espectáculo de todos. Es llamado *munus* (“obligación”) por ser un *officium* (“deber”), pues *munus* y *officium* son sinónimos. Los antiguos etruscos creían que estaban cumpliendo una obligación para con el muerto mediante este tipo de espectáculo, al haber ellos atemperado el carácter del difunto mediante una forma de crueldad más refinada. Pues en tiempos ya muy pasados, según la creencia de que las almas de los muertos se veían beneficiadas por la sangre humana, ellos solían tomar cautivos o esclavos de habilidad inferior y se los sacrificaban a ellos en los funerales. Tiempo después prefirieron enmascarar esta impiedad haciendo de ella un placer... así los vivos encontraban consuelo para la muerte en el asesinato. Tal es el origen de la competición gladiatoria.”. En el mismo sentido escribe Servio, *Sobre la envidia* 10, 319: “Ciertamente, era la costumbre matar a cautivos en las tumbas de hombres poderosos. Dado que esto, en tiempos posteriores, pareció cruel, se decidió que fuesen gladiadores los que lucharan ante

obligación para con el difunto, advirtieron que los testigos que contemplaban tal ceremonia la encontraban interesante, que les gustaba asistir a ese espectáculo, por lo que quien organizaba el sacrificio (*munus*) se ganaba el favor de dichos testigos. En consecuencia, la costumbre de ofrecer *munera* se generalizó, lo que elevó lógicamente la demanda de esclavos, sobre todo, de aquellos que supiesen usar el *gladius*. Surge entonces el *lanista*, un individuo que enseña a sus esclavos a luchar como *gladiatores*. El *lanista* gana dinero alquilando sus *gladiatores* a los *editores*. Luego, en un momento determinado, el *lanista* decide dar parte del dinero que recibe a aquellos de sus *gladiatores* que mejor combaten (lo que los motiva a dar más espectáculo), lo que hace que obtengan aún más beneficio. El *editor* también decide hacer lo mismo: dar premios a los mejores *gladiatores* para fomentar que su espectáculo sea lo más vistoso posible, por lo que los luchadores se motivan todavía más para dar mayor espectáculo. El público, por su parte, también decide dar dinero y fama a los mejores¹⁶.

De esta forma los gladiadores comienzan a ganar dinero, por lo que hay hombres que empiezan a meterse a *gladiatores* voluntariamente¹⁷. Aparte de éstos, hay también *amateurs*, que luchan voluntariamente solo por conseguir fama. En ambos casos reciben el nombre de *auctorati*.

Durante la República tardía, los gladiadores ya se habían convertido en profesionales consolidados. Recibían premios y existían contratos que estipulaban el dinero que recibían por cada combate. Eran luchadores con armas especializadas y se entrenaban para realizar mejor esa destreza. Los mejores estaban más cotizados que el resto. Los gladiadores arriesgaban la vida, pero tenían la opción de ganar dinero y prestigio. Los *auctorati* ya eran libres, por lo que ganar la libertad no era lo que les llevaba a ejercer la gladiatura, sino ganar dinero, fama, o, incluso, influencia política.

Como ocurre hoy día, por ejemplo, en el fútbol, en la gladiatura romana, los profesionales ya famosos se compraban y vendían; existía, por tanto, un “mercado de gladiadores”. Normalmente, el gladiador pertenecía a un *lanista*, pero también podía ser autónomo y alquilar sus servicios por sí mismo. El *editor* negociaba con el *lanista*, pero también podían los *editores* adquirir los *gladiatores* mediante

la tumba, gladiadores que fueron llamados *bustuarii* por las tumbas (*busti*) junto a las que combatían.”.

16. Durante la vuelta al ruedo, el *gladiator* vencedor recogía las monedas y premios que el público le lanzaba desde las gradas *cf.* Suetonio, *Calígula*, 32,5: “y entonces dio la vuelta con la palma, como hacen los vencedores”.

17. Sólo podemos considerar a la gladiatura como deporte en el caso de individuos que se enfrentaban voluntariamente. En el caso de esclavos, criminales y prisioneros que eran forzados a luchar como *gladiatores* no podemos considerar que esos combates fuesen deporte.

subasta pública. La subasta más famosa la hizo Calígula, como sabemos por Dión Casio:

“... parecía que estaba (Calígula) necesitado de dinero, por lo que ideó otra manera de obtener fondos; fue la siguiente: vendía a un valor excesivo a los supervivientes de los combates de gladiadores a los cónsules, pretores y otros, no solo a compradores deseosos de comprar, sino también a otros que eran obligados muy contra su voluntad a dar tales espectáculos en los juegos, y en particular, él los vendía a hombres especialmente elegidos a suertes para hacerse cargo de tales espectáculos pues él había ordenado que dos pretores debían ser elegidos a suertes para hacerse cargo de los juegos gladiatorios, tal y como había sido costumbre. Y él mismo se sentaba sobre la tarima del subastador y se mantenía elevando las pujas. Muchos venían también de fuera para presentar pujas rivales, pues él permitía que quien lo deseara usase más gladiadores del mínimo impuesto por ley. Así que la gente los compraba por grandes cantidades, algunos porque realmente los querían, otros con la idea de placer a *Gaius*, y la mayoría, formada por aquéllos que tenían fama de ricos, guiados por tener con esto excusa para gastar parte de su riqueza y así, volviéndose un poco más pobres, salvar sus vidas¹⁸”.

En cierta ocasión, según cuenta Suetonio, un tal Saturnino se durmió durante una de estas subastas y, al cabecear dormido, compró 30 gladiadores por 9 millones de sestercios (unos 18 millones de euros):

“En una subasta Calígula vendió lo que le quedó de todos los espectáculos, solicitando personalmente las pujas y manteniéndolas tan altas que algunos que fueron forzados a comprar, viéndose así despojados de sus posesiones, se abrieron las venas. Un incidente famoso es el de *Aponius Saturninus*; se quedó dormido en uno de los bancos y, como el subastador estaba advertido por *Gaius* de no parar la subasta mientras alguno de los caballeros se mantuviese haciéndole gestos con la cabeza y *Saturninus* no paraba de dar cabezazos de vez en cuando, al estar dormido en su silla, la puja no paró hasta que 30 gladiadores fueron adjudicados al inconsciente durmiente por 9 millones de sestercios¹⁹”.

Y es que el mundo del anfiteatro movía cantidades exorbitantes de dinero, habiéndose convertido ya para el reinado de Calígula en uno de los pilares de la economía imperial. Así, sabemos por la *Historia Augusta*, que Adriano, antes de ocupar la púrpura imperial, tuvo que pedir millones de sestercios para organizar unos juegos:

“Adriano era verdaderamente grandioso cuando concedía espectáculos. Cuando lo hicieron pretor obtuvo de Trajano 4 millones de sestercios para organizar juegos... está claro que siempre cayó simpático a Plotina... y esto se vio claramente cuando

18. Dión Casio, 59,14, 1.

19. Suetonio, *Calígula*, 38, 4.

ella murió; cuántos juegos de gladiadores ofreció para honrar la memoria de ella”²⁰.

El emperador Marco Aurelio, que no era partidario de ofrecer *munera*, sin embargo, no se planteó abolirlos, sobre todo, porque eso hubiese tenido consecuencias nefastas para la economía del Imperio, al igual que ocurriría hoy día si prohibiésemos el fútbol u otros espectáculos de masas. Muchos miembros de la alta sociedad tenían invertidas en el negocio gladiatorio grandes sumas en escuelas de gladiadores (*ludi*) o en la compra de gladiadores o fieras para el anfiteatro²¹, lo que garantizaba la permanencia del deporte gladiatorio. Además, estaba la gran cantidad de dinero que el estado ingresaba anualmente por los impuestos que gravaban la gladiatura²², las apuestas y el comercio de gladiadores y bestias. De hecho, tanto dinero movían los juegos gladiatorios que, durante su reinado, Marco Aurelio tuvo que legislar para poner techo a los precios de los gladiadores. En el caso de los *auctorati* (gladiadores voluntarios), el cien por cien de los ingresos iba para ellos, puesto que no dependían del *lanista* y algunos, como el famoso *Hermes*²³, se entrenaban por sí mismos. Por su parte, los *auctorati* que tenían *lanista* sólo obtenían el 25 por ciento de lo que el *editor* pagaba al *lanista* por su actuación, si eran libres y el 20 por ciento, si eran esclavos²⁴.

Ciertamente se hacía necesario poner un límite a los precios de los gladiadores, pues los *editores* se endeudaban cada vez más, peligrando la economía del negocio. Así, en la *lex gladiatoria* de Itálica podemos leer lo siguiente:

“Hubo uno que al ser nombrado sacerdote dio su fortuna por perdida y convocó un consejo para que le ayudase a apelar a los emperadores. Pero en esa misma asamblea, él mismo, después de consultar a sus amigos, exclamó, “¿Qué quiero yo

20. *S.H.A., Adriano*, 3, 8.

21. Sabemos por una carta de Cicerón a su amigo Ático que el propio Cicerón traficaba con fieras. *Cf. Cicerón, Atticus*. 4, 8, 2.

22. M. PASTOR MUÑOZ y H.F. PASTOR ANDRÉS, “Violencia y pasión en los juegos de gladiadores” en M. PASTOR, M. VILLENA y J. L. AGUILERA (Eds.), *Deporte y olimpismo en el mundo antiguo y moderno*, Granada, 2008, p.173, señalan que “la ley *Oratio de pretiis gladiatorum minuendis* especifica que el impuesto gladiatorio no recaía sobre el *editor*, sino sobre el *lanista*, y que consistía en la tercera o cuarta parte de lo que cobraba el *lanista*. Por este concepto el fisco imperial solía ingresar anualmente entre 20 y 30 millones de sestercios”.

23. Marcial, *Epigrammata* 5.24.

24. *Cf. H. DESSAU, Inscriptiones Latinae Selectae (= ILS)*, 5163, 45–6; *Vid. también sobre salarios y precios, Th. WIEDEMANN, Emperors and Gladiators*, London-New York, 1992, p.122.

ahora con una apelación? Sus muy sagradas majestades los emperadores han encomendado sobre mí toda la carga que aplastará mi patrimonio. Deseo ser un sacerdote y, ya que la obligación de ofrecer un espectáculo [va con el cargo], la acepto, aunque nosotros, los sacerdotes, pedimos solemnemente ser liberados [de esa obligación]”²⁵.

Y más adelante, en la misma ley se señalan los precios de los gladiadores:

“[la ley ordena] que para quienes produzcan espectáculos comprendidos en la franja de gasto [es decir, que el costo del espectáculo sea] entre 30.000 y 60.000 HS se establecen tres categorías de *gladiatores*: el precio máximo para la primera categoría será 5.000 HS, para la segunda 4.000 HS, para la tercera 3.000 HS. Que cuando el costo del espectáculo esté entre 60.000 y 100.000 HS, los *gladiatores* se dividirán entre las siguientes 3 categorías: el precio máximo para la primera categoría será 8.000 HS, para la categoría media 6.000 HS, para la más baja 3.000 HS. A continuación, que cuando [el costo del espectáculo] esté entre 100.000 y 150.000 HS, habrá 5 categorías: por un hombre de la primera categoría el precio será 12.000 HS, de la segunda 10.000, de la tercera 8.000, de la cuarta 6.000, de la última 5.000. Siguiendo en orden, finalmente, cuando [el costo del espectáculo esté] entre 150.000 y 200.000 HS o cualquier otra suma por encima de esta, el precio del *gladiator* de la categoría más baja será de 6.000 HS, el de la siguiente [categoría] superior 7.000, el de la tercera contando desde la más baja 9.000, el de la cuarta 12.000 hasta 15.000 HS que es la cantidad fijada para el *gladiator* de la más alta, y última, categoría. Que en todo espectáculo, de todas las categorías en que han sido clasificados, la mitad de los hombres que aporta el lanista no se espera que actúen en solitario, y que de estos, que se conocen como *gregarii*²⁶, uno que puede ser llamado “mejor entre los *gregarii*” [*melior inter tales*] combatirá en la arena bajo un precio fijo de 2.000 HS y que ninguno de este grupo combatirá por menos de 1.000”²⁷.

Observamos que en esta ley también se protege al gladiador, pues se establece un salario mínimo profesional y se defienden los intereses económicos de los gladiadores que estaban iniciando su carrera o que pertenecían a categorías menos diestras. Ahora bien, para esa época (finales del siglo II ¿suponían una gran cantidad de dinero los 15.000 sestercios que recibía un gladiador de la máxima categoría por cada combate? Ciertamente sí, si consideramos que el sueldo anual de un soldado romano en el año 10 era de 12.000 sestercios, y un soldado estaba bien remunerado. Por tanto, un gladiador de primera categoría que disputase 10 combates al año podía ganar lo que un soldado ganaría en 12 años y medio de

25. *CIL*, II, 6278, (ls.16–18).

26. Los *gregarii* también se llamaban *sub signo* y combatían en grupo (*gregatim*). Eran gladiadores que no tenían el nivel suficiente como para luchar de forma individual.

27. *CIL*, II, 6278: (ls. 29–37).

servicio. Si además le añadimos las monedas que el público les echaba tras su triunfo y los premios en metálico que el emperador o el *editor* les daban cuando le gustaba la actuación, parece evidente que el oficio de gladiador era muy rentable y que en poco tiempo y con pocos combates, podía retirarse con bastante dinero²⁸.

Pero la medida de Marco Aurelio para detener la subida de precios no funcionó muy bien puesto que su sucesor, Cómodo, tuvo que legislar nuevamente sobre los precios de los *gladiatores* y de los espectáculos. No obstante, la supervivencia del propio Imperio dependía de mantener alienado y contento al pueblo, por lo que cada vez con más frecuencia emperadores como Cómodo o Heliogábalo les ofrecían espectáculos más impresionantes y cautivadores. Así, para que los *munera* fueran cada vez más espectaculares, los fondos destinados por el Estado fueron aumentando de forma vertiginosa a lo largo del tiempo.

El volumen real de dinero que movía el deporte gladiatorio se puede comprender en toda su extensión si las cifras establecidas por Marco Aurelio las multiplicamos por la cantidad de días que había *munera* a lo largo del año, que eran casi a diario. Trajano, por ejemplo, para celebrar su victoria sobre los dacios (106), ofreció los espectáculos más grandiosos que jamás había visto Roma. La breve reseña de Dión Casio no se corresponde con la escala del evento, cuyo coste total debió ser, sin duda, fabuloso:

“Al volver Trajano a Roma, ofreció espectáculos durante 123 días, en el curso de los cuales se mató a unos 11.000 animales –tanto salvajes como domados– y combatieron 10.000 gladiadores”²⁹.

Evidentemente, también existían apuestas, como sabemos por Ovidio:

“Pero hay otro buen lugar, los espectáculos gladiatorios. En esa triste arena... el espectador está conversando, o estrechando una mano, o mirando las entradas, preguntando quién va ganando tras haber hecho su apuesta”³⁰.

Los apostantes, al analizar lo que se decía sobre cada gladiador, podían hacerse una idea de por quién y cuánto apostar cuando llegara el momento. Pero la oportunidad más fiable de saber por qué gladiador debían apostar era la de verlos todos juntos. Esto lo podían hacer en la llamada *cena libera*, una cena en la que se reunían todos los combatientes la noche antes de comenzar el espectáculo y que era ofrecida por el *editor*. Su propósito era el mismo, *mutatis mutandis*, que tiene la actual costumbre de permitir, el día antes de la corrida, ver a los toros en el corral de la plaza, es decir, elevar el interés de quienes los observan, animándolos así a

28. Los *auctorati*, (gladiadores voluntarios) podían retirarse cuando querían, no necesitaban recibir la espada de madera (*rudis*), símbolo del final de su carrera como gladiador.

29. Dio Cassio, 68.15.

30. Ovidio, *Ars Amatoria* 1,168.

asistir al espectáculo; el pesaje de los boxeadores antes del combate, con ruedas de prensa, y comparencias ante los periodistas los días antes de los partidos de fútbol o baloncesto, principalmente, que persiguen el mismo objetivo.

La noche antes del *munus* se daba una succulenta cena a los gladiadores que iban a enfrentarse el día siguiente en el anfiteatro. Una verdadera fiesta en la que podía participar todo el que quisiese. En ella los apostantes estudiaban con sus propios ojos a los combatientes; observaban y palpaban su cuerpo, analizaban la forma de comportarse, la mirada de sus ojos, etc. Y con ello podían tener una mejor idea de quiénes podían vencer el día siguiente. Así lo expresa el propio Plutarco:

“Incluso entre los gladiadores, veo yo a aquéllos que no son enteramente bestias, sino griegos [cultos], quienes, cuando se preparan para entrar a la arena, aunque caras viandas se disponen ante ellos, en ese momento encuentran más placer en encomendar a sus esposas al cuidado de sus amigos y en liberar a sus esclavos que en satisfacer el apetito”³¹.

B) Textos que indican que el deporte gladiatorio se hacía en función de la masa.

El reglamento del *munus* establecía unas normas que lo hacían más espectacular a los ojos de la masa, por ejemplo, la de usar una vestimenta llamativa, luchar con el torso desnudo, usar armas sensacionales, etc. En ocasiones, el Emperador podía, como muestra de deferencia, dejar al público que eligiese quién debía ser el oponente de un determinado gladiador, haciendo así al enfrentamiento lo más atractivo posible a los ojos de los espectadores. Es algo que conocemos por Dión Casio y Suetonio:

“... el rival era, unas veces, elegido por el emperador, otras elegido por la gente...”³².

“Por ejemplo, cuando ellos reclamaron a *Palumbus* [un *gladiator* favorito de la afición] él [Claudio] prometió que lo tendrían, “si es que [*Palumbus*] podía ser atrapado”³³.

De hecho, todo el desarrollo del espectáculo estaba concebido para agradar al público lo máximo posible, incluido el hecho de que el mismo resultado del enfrentamiento lo decidía la masa de espectadores, como afirma Juvenal:

“quienes ofrecen espectáculos matan con un movimiento de su pulgar a quien quiera que la muchedumbre le pide que mate...”³⁴.

31. Plutarco, *Ensayos morales*, 1099, b.

32. Dión Casio, 73.18 – 21.

33. Suetonio, *Claudio*, 21.

34. Juvenal, *Sátira* 3, 30.

Durante el espectáculo, sobre todo en los intermedios, también se hacían “números humorísticos” y actuaciones con el fin de que evitar que el público se aburriese, al igual que se hace hoy día en los descansos de muchos deportes de equipo. Así, mientras que el final del combate, siempre que terminase con la muerte de uno de los combatientes, estaba animado por la esperada aparición de *Mercurius Psicopompus* y *Dis Pater*, en los intervalos de los combates se realizaban actuaciones de enanos que parodiaban las luchas de los gladiadores, de acróbatas, malabaristas, etc. Una orquesta (como en las corridas de toros actuales) animaba todo el espectáculo, como sabemos por Juvenal y algunas representaciones en mosaicos:

“Estos hombres fueron una vez sopladores de cuernos, que iban de tour por cada espectáculo provincial, y cuyas hinchadas mejillas conocían en cada pueblo”³⁵.



Mosaico de Trípoli, donde se representa la orquesta que amenizaba el espectáculo.
Museo arqueológico de Zliten

Mientras el vencedor daba la vuelta al ruedo, entraban en la arca por la *porta Libitinis* dos personajes que se dirigían hacia el cadáver. Eran dos operarios del anfiteatro disfrazados, uno como *Mercurius Psicopompus* (encargado de llevar al alma del muerto al Averno) y el otro como *Dis Pater*. Mercurio llevaba en la mano un hierro al rojo vivo que aplicaba sobre la piel del vencido para comprobar que se encontraba realmente muerto. El disfraz de ambos estaba cuidado al detalle y se distinguían claramente entre sí porque uno portaba el hierro candente y el otro el martillo.

La aparición de estos dos personajes en escena era sin duda uno de los momentos más esperados por los espectadores. Ambos, durante su llegada hasta el gladiador caído, hacían bromas y otro tipo de gestos que eran objeto de risa por los espectadores, como sabemos por Tertuliano:

35. Juvenal, *Sátira*, 3, 30.

“En medio de las crueldades del entretenimiento reímos al ver a Mercurio testando al muerto con su hierro al rojo. También vimos al hermano de Júpiter, martillo en mano, arrastrando los cuerpos de los gladiadores”³⁶.

Si el gladiador moribundo se estremecía cuando Mercurio le aplicaba el hierro candente, *Dis* le asestaba en la cabeza cuantos martillazos eran necesarios hasta que dejaba de moverse. Si al ponerle el hierro al rojo no se movía, *Dis* simplemente le daba tres mazazos en la cabeza, ritual por el cual –simbólicamente– tomaba posesión del muerto. Tras esta acción se colocaba al gladiador muerto en la litera para llevarlo hasta el Averno³⁷. Estas acciones debían ser realmente cómicas, puesto que el propio Tertuliano alude a la risa que producían en los espectadores.

El *editor* se ocupaba también del confort de los espectadores. Les dedicaba atenciones para que se sintieran cómodos y entretenidos durante el espectáculo: colocaba toldos, hacía rifas, les ofrecía aperitivos y los rociaba con agua (*sparsio*). A veces, el agua se mezclaba con azafrán u otras sustancias para perfumarla. El objetivo del perfume era mitigar el mal olor que venía de la arena (cubierta de sangre, heces y orines de los animales y condenados) y de las propias gradas, donde se agolpaba una gran masa de gente. El hedor de la arena era considerable durante las *venationes*, puesto que muchas fieras eran heridas de muerte y durante su agonía perdían el control de los esfínteres y defecaban y orinaban sobre el propio charco de sangre en el que caían, ocasionando un olor insoportable³⁸.

El azafrán era una de las especias más caras, por lo que su mezcla con agua se consideraba un rasgo típico de los espectáculos de lujo. Pompeyo fue el primero que introdujo el uso de las *sparsiones* en el teatro que construyó en Roma aproximadamente en el 50 a. C.³⁹. El mecanismo para la aspersión consistía en una

36. Tertuliano, *Apología* 15, 4–5.

37. La vinculación entre el martillo y el tránsito a la muerte viene de antiguo, como atestiguan las pinturas murales de las tumbas de los etruscos. Este ritual ha sobrevivido hasta hoy gracias a que los primeros cristianos adoptaron el ritual de los tres martillazos en la cabeza para constatar la muerte. *Cf.* por ejemplo, la enorme similitud con el rito que se realiza hoy cuando muere un Papa, para confirmar su fallecimiento: el camarlengo –con un pequeño martillo de plata y empuñadura de marfil– golpea tres veces la frente del Papa, llamándolo por su nombre de bautismo después de cada golpe. Realizados los tres golpes, si el Papa no responde, el camarlengo declara “*Papa mortuum est*”. Solo entonces el pontífice está oficialmente muerto.

38. Sabemos por la Historia Augusta que podían soltarse a la vez más miles de animales. *Cf. S.H.A., Probo*, 19: “Probo dio una muy magnífica *venatio* en el *Circus Maximus*, ... entonces a través de todas las puertas se dejaron salir –a la vez– mil avestruces, mil ciervos y mil jabalís”.

39. *CIL*, IV, 1180. Se trata de una inscripción de Pompeya en la que se alude a *sparsiones*.

tubería perforada por diminutos orificios por los que salía el agua a presión, como señala Séneca:

“Y hoy dime simplemente a cuál de los siguientes hombres consideras tú más sabio: al que inventa un sistema para asperjar perfume de azafrán desde una altura enorme mediante tuberías ocultas, al que llena o vacía canales de agua en un instante o al que construye una sucesión de techos intercambiables para un comedor, los cuales pueden sucederse de tal modo que producen una sucesión constante de diseños diferentes”⁴⁰.

También se lanzaban otro tipo de objetos (*sparsio missilium*), en concreto pequeñas bolas de madera, que eran arrojadas a los espectadores sentados en las gradas. Estas bolas actuaban como boletos de lotería, ya que cada una llevaba grabado en la madera el nombre del premio por el cual era canjeable. El espectro de premios iba desde artículos de comida hasta dinero, pasando por apartamentos, ropa, esclavos, etc. Más aun, la bola-boleto –si no deseaba cobrarse de inmediato, o por cualquier circunstancia no podía hacerse esto– pasaba a formar parte del patrimonio del agraciado, por lo que podía pasar a sus herederos, como dice Suetonio:

“Cada día se lanzaba a la gente toda clase de regalos, estos incluían mil pájaros – cada día de una clase distinta– varios tipos de comida, boletos para grano (*tesserae frumentariae*), ropa, oro, plata, piedras preciosas, perlas, pinturas, esclavos, bestias de carga, e incluso animales salvajes adiestrados; finalmente barcos, bloques de casas y granjas”⁴¹.

Los boletos inicialmente eran de hueso al igual que las entradas normales (*tessera*), pero luego fueron sustituidas por bolas de madera, como sabemos por Dión Casio:

“Tito también ideó algunas cosas que fueron de uso práctico para la gente. Desde lo alto del teatro [el coliseo] él lanzaba pequeñas bolas de madera con inscripciones diversas, algunas refiriendo algún artículo de comida, otras ropa, una copa de plata o quizá una de oro, caballos, bestias de carga, ganado o esclavos. Quienes las cogían debían llevarlas a los dispensadores del premio, de quienes recibían el mencionado artículo”⁴².

40. Séneca, *Cartas*, 90.15. Sabemos también que en la *Domus Aurea* de Nerón había salones con techos de este tipo. Pero no sólo se mezclaba el agua con azafrán agua, sino también con otro tipo de esencias como la que se obtenía de la flor de una planta llamada *crocus*, de agradable olor. Cf. *S.H.A., Adriano*, 19.

41. Suetonio, *Nerón*, 11.

42. Dión Cassio, 66, 25, 4.

Los espectadores agraciados a veces vendían las bolas–boleto a otros, como también ocurre hoy con los boletos de lotería premiados. Si, por ejemplo, habías cogido una bola cuyo premio era una casa, pero no querías una casa sino que preferías el dinero, vendías la bola a quien sí la quisiese. La lucha por hacerse con esas bolas era a menudo más encarnizada que la que se veía en la arena. Séneca ironiza al referirse a estos hechos:

“Imagina ahora que la Fortuna está ofreciendo un espectáculo y está lanzando honores, riquezas e influencia sobre esta muchedumbre de mortales; algunos de estos regalos han quedado ya hechos pedazos en las manos de aquellos que tratan de cogerlos, otros han sido repartidos entre compañeros de poco fiar, y otros han sido agarrados para la mayor desventura de aquellos en cuyas manos han ido a caer [pues no les van a hacer ningún bien] ... otros los han perdido, pues los aferraban con tanta ansia que se les han escurrido de las manos ... El hombre más sensato, por tanto, se aleja del teatro tan pronto ve que comienzan a caer los primeros regalos, sabedor de que se paga un alto precio por los regalos pequeños. Nadie forcejeará con él para salir, o le golpeará conforme parte; la lucha tiene lugar donde están los premios”⁴³.

Y no pensemos que los ricos que se sentaban en las primeras filas del *podium* veían con indiferencia estos regalos. Se molestaban si no caían suficientes regalos sobre sus asientos, como dice Suetonio:

“Al día siguiente distribuyó regalos de toda clase, y dado que la mayor parte de estos cayó donde el pueblo se sentaba, ordenó que se lanzaran 500 boletos dentro de cada una de las secciones ocupadas por las clases senatorial y la de los caballeros (*equites*)”⁴⁴.

No obstante, toda consideración con los espectadores podía quedar en nada a capricho del Emperador, como, por ejemplo, ocurrió durante una *naumachia* ofrecida por Domiciano y de la que nos informa Dión Casio:

“[Domiciano] en el curso de celebraciones triunfales ofreció una batalla naval en un nuevo lugar. En este último espectáculo prácticamente todos los combatientes y también muchos de los espectadores perecieron porque, pese a que de repente rompió una intensa lluvia y una violenta tormenta, él no permitió a nadie salir del espectáculo y, aunque él mismo se cambió de ropa para ponerse capas de gruesa lana, no permitió al resto hacer lo mismo, de modo que no fueron pocos los que cayeron enfermos y murieron. En un intento, sin duda, de compensar a la gente por esto, él les ofreció una cara cena pagada por el estado, que duró toda la noche”⁴⁵.

43. Séneca, *Cartas*, 74, 7.

44. Suetonio, *Domiciano*, 4.

45. Dión Casio, 67, 8.

En otras ocasiones, en vez de arrojar los regalos sobre los espectadores, se colgaban de unas cuerdas que se tendían sobre ellos, como bien comenta Marcial:

“Para festejar una victoria sobre los pueblos del Norte, el magistrado que ha organizado estos juegos en el anfiteatro ha hecho pasar sobre el público cuerdas de las que cuelgan premios. Eran pases para entrar gratis al lupanar y vales para un sorteo de aves exóticas”⁴⁶.

El historiador J. F. Killeen, a partir de unos frescos de Pompeya, piensa que la cuerda era una especie de hamaca cargada con regalos y extendida sobre la audiencia. También sugiere que la cuerda estaba tendida más abajo del nivel de las mujeres, para que éstas no se vieran incitadas a los tumultos y peleas que causaba el intentar hacerse con los regalos⁴⁷.

Otra manera más sosegada de ofrecer los regalos a los espectadores tenía lugar, sobre todo, durante las *Saturnalia*. El espectador presentaba la entrada y se le entregaba una cesta de comida. No sabemos con certeza si esto se realizaba durante todo el año o sólo durante las *Saturnalia*, como sugiere Marcial, cuando nos habla de un espectador tan avaricioso que usaba tres disfraces para poder obtener así tres cestas de comida al hacerse pasar por tres personas distintas.

“En diciembre, cuando el emperador distribuye los regalos con motivo de las fiestas *Saturnalia*, tú regresas a casa con tres cestas de comida”⁴⁸.

El emperador Heliogábalo era especialmente aficionado a este tipo de *sparsiones* de regalos, demostrando que absolutamente todo podía ser lanzado sobre la gente. Y, como decía Séneca, era mejor estar lejos en esos momentos, que quedarse allí para coger algo. Un texto de la Historia Augusta y otro de Herodiano son muy elocuentes al respecto:

“Cuando accedió al cargo [222, subió a una torre y] lanzó regalos al populacho para que los atraparán, pero no sólo objetos de plata y oro, o pasteles y pequeños animales, sino también ganado cebado y camellos y asnos y esclavos, diciendo que esto era una costumbre imperial”⁴⁹.

“[Heliogábalo lanzó] toda clase de animales domésticos, salvo cerdos... muchos murieron aplastados por otros o ensartados en las lanzas de los soldados”⁵⁰.

A Heliogábalo le encantaba dar regalos. Para ello usaba métodos realmente inusuales, como el de las cucharas de los comensales; en cada cuchara había

46. Marcial, *Epigrammata*, 8, 78.

47. J. F. KILLEEN, “What was the Linea Dives (Martial, VIII, 78.7)?”, *AJPhil.* 80 (1959), pp.185–188.

48. Marcial, *Epigrammata*, 5, 49.

49. *S.H.A., Heliogábalo*, 8, 3.

50. Herodiano, 5, 6, 9.

grabada una palabra que se correspondía con un premio, pudiendo éste ir desde 10 camellos ó 10 avestruces hasta 10 moscas. Según la cuchara que correspondiese a cada uno ése era su premio. En sus *munera* los premios iban desde 10 jabalís hasta 10 lirones. Ciertamente, en lo concerniente a distribuir premios en competición, Heliogábalo fue un innovador cuyas ideas fueron mantenidas en el espectáculo, como la de dar premios de lotería a los propios gladiadores, idea que mantuvieron emperadores posteriores y que pervive aún en la actualidad, pues como podemos ver en varias competiciones –como las carreras populares– cada participante compite con el número del dorsal que lleva, el cual le da derecho a un premio si su número sale en el sorteo que se realiza después de la carrera. La Historia Augusta lo cuenta así:

“En sus banquetes él también daba la oportunidad de participar por medio de las cucharas [en cada cuchara había grabado una palabra], ya que la que recibía una persona ponía “10 camellos”, la de otra “10 moscas”, la de otra “10 libras de oro”, la de otra “10 libras de plomo”, la de otra “10 avestruces”, la de otra “diez gallinas ponedoras”, por lo que ciertamente había posibilidades de ganar premios, por lo que la gente probaba su suerte. Estos sorteos también los ofrecía él en sus juegos, dando opción de ganar desde 10 osos hasta 10 lirones, 10 lechugas ó 10 libras de oro. Ciertamente él fue el primero en introducir esta práctica de dar premios, la cual nosotros aún mantenemos. Y a los competidores él también dio opciones de ganar premios, tales como un perro muerto o una libra de ternera, o también 100 *aurei*, o 100 piezas de plata, o 100 de cobre, y así⁵¹. Todo esto agradaba tanto al populacho que cada vez que se hacían estas cosas se congratulaban de que él fuese el emperador”⁵².

La carne era otra de las muchas cosas que el pueblo podía conseguir gratis al asistir a los espectáculos del anfiteatro. Un buen motivo para ir a la grada, teniendo en cuenta la dieta pobre en proteínas del populacho de Roma (dieta constituida principalmente por cereales, con casi total ausencia de proteínas animales, razón de la desnutrición que tan terriblemente afectaba al desarrollo de los niños y, en general, de toda la población)⁵³. Cicerón describe a los plebeyos del 61 a. C. como “lastimosos y hambrientos”⁵⁴ y Dión Cassio dice que muchos murieron de hambre durante las crisis de alimentos de finales de los años 40⁵⁵.

51. Sobre la costumbre socarrona de poner entre los premios cosas sin valor junto con cosas realmente fabulosas, *vid.* también, Suetonio, *Augusto* 75.

52. *S.H.A., Heliogábalo*, 22.

53. Salvo en las zonas rurales, donde las poblaciones se nutrían de sus propios animales domésticos (gallinas, cabras, cerdas, etc.).

54. Cicerón, *Atticus* 1, 16, 11.

55. Dión Cassio, 48, 18, 1.

La expectativa de obtener carne en el anfiteatro debía ser para la gran mayoría una motivación enorme para asistir. La escasez de carne en la dieta normal de los plebeyos urbanos implicaba que probablemente cada bocado de carne no humana en condiciones de ser comida que caía en sus manos era, en efecto, comida. Y los pobres nunca desperdiciaban la proteína animal.

Las distribuciones de carne en el anfiteatro fueron muy frecuentes. El emperador Gordiano I, siendo edil de Roma, realizó doce exhibiciones de fieras, una cada mes, con cientos de animales salvajes. Al sexto espectáculo permitió al público que bajase a la arena y se las llevase (*populo rapienda*), como sabemos por la Historia Augusta:

“Él [Gordiano] sirvió como *quaestor* muy espléndidamente. Cuando llegó a edil dio al pueblo de Roma 12 exhibiciones, esto es, una por cada mes, financiadas por él mismo; a veces, ciertamente, él ofrecía 500 parejas de gladiadores, y nunca menos de 150. Exhibió 100 bestias salvajes de Libia a la vez, y del mismo modo a la vez mil osos. Existe todavía hoy una muy destacable *venatio* suya, pintada en la Casa de los Picos de *Gnaeus Pompeyo*; este palacio perteneció a él y a su padre y a su abuelo. Hoy en esta pintura podemos ver 200 ciervos con cuernos como la palma de la mano, junto con ciervos de Britannia, 30 caballos salvajes, 100 ovejas salvajes, 10 venados, 100 toros chipriotas, 30 avestruces rojas moras, 30 asnos salvajes, 150 jabalís, 200 cabras montesas y 200 gamos. Y todas estas las ofreció él al pueblo para que las matase el sexto día de los juegos que dio”⁵⁶.

Igualmente, el emperador Probo, en 281, con ocasión de un triunfo, celebró una magnífica *venatio* con bestias salvajes en el circo Máximo, en la cual todo quedó como despojos para el populacho que asistía a los juegos (*populus cuncta diriperet*). El circo fue decorado como un bosque y se soltaron a la vez miles de animales salvajes y exóticos, permitiendo al pueblo que tomase lo que quisiese, como sabemos por la Historia Augusta:

“Él [Probo] dio una muy magnífica *venatio* en el *circus* [Maximus], en la cual todo fueron despojos para el pueblo. El modo de este espectáculo fue como sigue: grandes árboles, arrancados desde las raíces por los soldados, fueron montados sobre una plataforma de vigas de gran extensión, sobre la cual se echó tierra, de modo que todo el circo plantado de esta manera parecía similar a un bosque que estaba echando hojas, gracias a este nuevo verdor. Entonces, a través de todas las puertas, se dejaron salir [a la arena] —a la vez mil avestruces, mil ciervos y mil jabalís, luego venados, íbices y ovejas salvajes, y otras bestias herbívoras, tantas como podían ser criadas o capturadas. El pueblo entró entonces [en la arena], y cada hombre cogió lo que le apeteció”⁵⁷.

Gordiano simplemente introdujo una modificación de esa costumbre; en lugar de que recogiesen los cadáveres del suelo sería más divertido para los espectadores coger la carne cuando “aún estaba viva”. Así, la implicación de los

56. *S.H.A., Gordiano I*, 3, 5–8.:

57. *S.H.A., Probo*, 19.

asistentes al espectáculo era más alta (se convertían en protagonistas), a la vez que la propia “actividad recolectora” se volvía espectáculo en sí misma, pues los que quedaban en las gradas se divertirían de ver lo que pasaba en la arena. Además, el hecho mismo de que el espectador entrase en la arena provocaría en éste una gran excitación (comparable a la que puede sentir un aficionado actual cuando pisa el terreno de juego de un gran estadio al terminar el partido⁵⁸).

Pero tales distribuciones de comida en la arena no eran habituales, sólo se daban de vez en cuando, por ejemplo, durante algunos paseos triunfales, por lo que no aliviarían significativamente las necesidades alimenticias del pueblo. El origen de la práctica de regalar comida se remonta a principios de la República, cuando los *patrones* alimentaban a los *clientes* durante la *salutatio*. La primera distribución de carne de la que tenemos noticia data del 328 a. C, cuando *M. Flavius* distribuyó una ración de carne (*visceratio*) a todos aquellos que asistieron a la procesión del funeral de su madre. Tito Livio dice que este reparto de comida fue lo que hizo a *Flavius* ganar las elecciones para tribuno de la plebe⁵⁹.

Antropológicamente estas distribuciones de riqueza (regalos, comida, juegos) son manifestaciones de “potlatching” o de “evergetismo”. Como ocurre con todas las comidas en grupo, los banquetes y festines en los espectáculos significaban integración, participación en el grupo –pasar a formar parte de él si es que aún no se era miembro–. Que los emperadores ofreciesen comida (y en concreto la tan escasa, nutritiva y deseada carne fresca) a los espectadores del anfiteatro, no era sino la hospitalidad mínima que se esperaba del alto status del anfitrión; una obligación del Emperador para con su pueblo, al igual que la de darle entretenimiento. El pueblo llegó a odiar a Tiberio por los pocos espectáculos que ofreció en sus últimos años, y llegó a adorar a Calígula cuando éste ofrecía juegos y distribuciones de carne de modo descontrolado⁶⁰. Juvenal acuñó la famosa frase *panem et circenses*⁶¹, aunque habría sido más fiel a la realidad si hubiese escrito “*carnem et venationes*”. Hoy día, cuando necesitamos comida vamos al super-

58. P. PLASS, *The Game of Death in Ancient Rome: Arena Sport and Political Suicide*, Madison, 1995, p.198 ha analizado por qué los aficionados sienten esta tendencia de invadir el campo tras el pitido final, incluso cuando no hay disturbios ni nada que incite directamente a ello. Según él, el aficionado siente satisfacción –experimenta bienestar, placer– al pisar el escenario donde se desarrollan las gestas que siempre ve desde la grada o a través de TV.

59. Livio, 8, 22, 2, 4.

60. Flavio Josefo, *Antigüedades Judías*, 19, 1, 16.

61. Juvenal, *Satira* 10, 78–81: «Hace ya tiempo, desde que no vendemos a nadie nuestros sufragios, que dejó de lado [el pueblo] todas las preocupaciones, y él [el pueblo], que antes confería mandos, *fascēs*, legiones, todo, ahora se contiene y tan sólo pretende ansiosamente dos cosas: pan y circo.»

mercado, en Roma iban al coliseo. Pero ciertamente con su famosa frase Juvenal criticaba al pueblo de Roma, que había renunciado a su libertad y había aceptado la autocracia que representaba el Imperio a cambio de que éste le diese gratis alimento y entretenimiento.

Pese a las críticas de Juvenal, los romanos lo tenían clarísimo; antes sin libertad pero con el estomago lleno y entretenidos que libres pero muertos de hambre y aburrimiento. Esto lo comprendió Augusto perfectamente y por ello fortaleció enormemente el deporte gladiatorio, haciendo de las distribuciones gratis de comida un rasgo obligado de su poder. Mediante los *munera* el Emperador tenía la posibilidad de controlar a la numerosa población de Roma, muy peligrosa al estar ociosa y cerca del centro del poder. Rebelarse contra el poder vigente era una de las cosas que podían urdir con más probabilidad, por lo que era un grave problema que los emperadores debían solucionar de cualquier forma.

Augusto y sus sucesores solventaron este problema encontrando una actividad que los entretuviese y los alimentase de modo regular, y además que los agrupase a todos en un mismo sitio, para hacer así más fácil su control. El pueblo ya no tenía así tiempo para pensar en su situación vital, y en lo que sería de ellos y de sus hijos al día siguiente. Estaban a gusto sentados en la grada viendo el espectáculo, y con la barriga llena, mañana sólo deseaban poder estar haciendo lo mismo, y que los dioses dieran larga vida al Emperador que hacía todo eso posible.

Esto lo tuvieron muy en cuenta todos los Emperadores, aunque alguno, como Tiberio, la descuidó en sus últimos años, cuando ya le era indiferente todo, hasta estar en Roma y por eso se retiró a la isla de Capri donde pasó los últimos 11 años de su vida. Frontón, tutor de Marco Aurelio, alababa a Trajano por reconocer esta base del sistema imperial:

“[Trajano] sabía que el pueblo de Roma se controlaba principalmente mediante dos cosas, grano [comida] y espectáculos gratis. ... el apoyo político depende tanto de los entretenimientos como de los asuntos serios... desatender los entretenimientos causa impopularidad muy perniciosa. Los regalos aplacan solo a quienes los reciben, de modo separado e individual, pero un espectáculo los aplaca a todos a la vez y juntos”⁶².

También Marco Aurelio mantuvo esta política, aunque no le gustaban los juegos de gladiadores. Y cuando se ausentaba de Roma dejaba órdenes claras de que los entretenimientos del pueblo debían ser dados por los más ricos *editores*, para asegurarse así que la calidad de los espectáculos seguía siendo lo suficientemente alta como para mantener tranquilo al pueblo. Era evidente que mientras el pueblo se mantenía pensando en los gladiadores no se preocupaba de asuntos más importantes, como la economía, condiciones de vida, etc. Anécdotas como la que

62. Frontón, *Historia 17, Preámbulo*.

ocurrió cuando Marco Aurelio se llevó a los gladiadores a la guerra hacen pensar que ciertamente los gladiadores interesaban más al pueblo que cualquier otra cosa, como vemos en la Historia Augusta:

“... porque cuando él [Marco Aurelio] se llevó a los gladiadores a la guerra, hubo comentarios entre la gente de que tenía la intención de privarlos [al pueblo] de su entretenimiento, poniéndoles [a los *gladiatores*] a estudiar filosofía”⁶³.»

En esencia, el acto de regalar comida era visto como una redistribución de la riqueza, la cual podía llevarse a cabo mediante banquetes públicos con motivo tanto de celebraciones religiosas como privadas, incluidos los triunfos y los *munera*. No obstante, la carne no era el único alimento que se ofrecía, sino que durante los grandes *munera* de la época imperial también se daban, como parte del espectáculo, grandes raciones de dulces, fruta y bebida. El poeta Estacio quedó impresionado durante una serie de juegos ofrecidos y presididos por Domiciano durante las *Saturnalia*:

“Apenas estaba rompiendo el nuevo día, cuando ya llovían los dulces, tal era el rocío que esparcía el viento del este. Cae con generosa profusión la famosa fruta de la nuez de los bosques del Ponto o de las fértiles laderas de Idume, todo lo que la devota Damasco cría en sus ramas o el sediento Caunus [tipo de viento] hace madurar. Desde invisibles palmeras llovían galletas y pastas dulces, fruta ameria en su punto, pasteles de fábula y dátiles rellenos⁶⁴. El tormentoso Hyades no inunda la tierra con tales torrentes ni las pléyades con tales lluvias, como el granizo que desde un cielo soleado azota a la gente en los asientos de los espectáculos latinos... contempla otra multitud, bien parecidos y bien vestidos, se abren camino entre las filas. Algunos llevan cestas de pan y servilletas blancas y comida más lujosa; otros sirven vino lánguido en abundante medida... vosotros saciáis por igual al círculo de los nobles y austeros así como al pueblo que viste la toga y, desde que tú, ¡oh generoso señor!, alimentas a tantas multitudes, la alta *Annona*⁶⁵ no sabe nada de este festival... una misma mesa sirve a todas las clases por igual: niños, mujeres, pueblo, *equites* y senadores; la libertad ha aflojado las ataduras de la separación reverencial. E incluso tú también viniste y participaste de nuestro banquete, ¿Qué dios podría ofrecer tanto lujo o prometer tanto? Y ahora cada cual, sea rico o pobre, se jacta de ser el invitado del emperador”...

“Después del banquete siguió un espectáculo que incluyó mujeres gladiadoras y que continuó hasta casi el anochecer, cuando tuvo lugar una segunda *sparsio* [lanzamiento de regalos]; de pronto, comenzaron a caer sobre las masas de espectadores densas nubes de flamencos, faisanes, pavos, que revoloteaban

63. *S.H.A., Marco Aurelio*, 23, 5.

64. Se cree que para hacer posible que todos los regalos cayesen por igual sobre todos los sectores de la grada se usaba la estructura del toldo (*vela*) para por ella deslizar cestas o bolsas que se abrirían por el fondo cuando estuviesen sobre el sector de grada deseado.

65. *Annona* es la personificación de la ración de grano que se daba a los ciudadanos de la *plebs frumentaria*.

lentamente en su caída hasta llegar a las manos de la gente... exultante por haber atrapado este botín”⁶⁶.

El dar comida mediante *sparsiones* era una expresión “primitiva” de la noción profundamente arraigada que tenían los romanos de en qué debía consistir – y cómo se debía manifestar– la generosidad del líder del pueblo. El banquete que daba a medio día ya es una forma más elaborada de mostrar lo mismo, pues tiene implicaciones más profundas. Pero en ambos casos el Emperador asume el rol de padre, cuya obligación es la de alimentar a sus hijos⁶⁷.

C) *Textos sobre los gladiadores como producto de consumo de masas.*

Hoy día, en el deporte espectáculo de masas los deportistas son objeto de consumo por parte de la gente (camisetas, posters, cromos, etc. de Christiano Ronaldo, Beckham, Messi, etc.). En época romana, lo mismo ocurría con los gladiadores más famosos. La plebe romana consumía o compraba cualquier tipo de objeto relacionado con ellos y que le servía de recuerdo (armas, ropas, su propia sangre, huesos, etc.).

En este sentido, Suetonio nos dice:

“Cuando una pareja de gladiadores cayó a la vez, mutuamente heridos, [Claudio] ordenó enseguida que se hiciesen de sus espadas pequeños cuchillos para su uso [en esta creencia de que las cosas hechas a partir de objetos usados por gladiadores –y más aún si se habían mojado en su sangre– traían buena suerte]”⁶⁸.

Y en Tertuliano leemos:

“De nuevo, ¿qué de aquellos que cuando se da un *munus* en la arena (*munere in arena*) recogen con sed avariciosa la sangre del *noxius* degollado (*noxiorum*

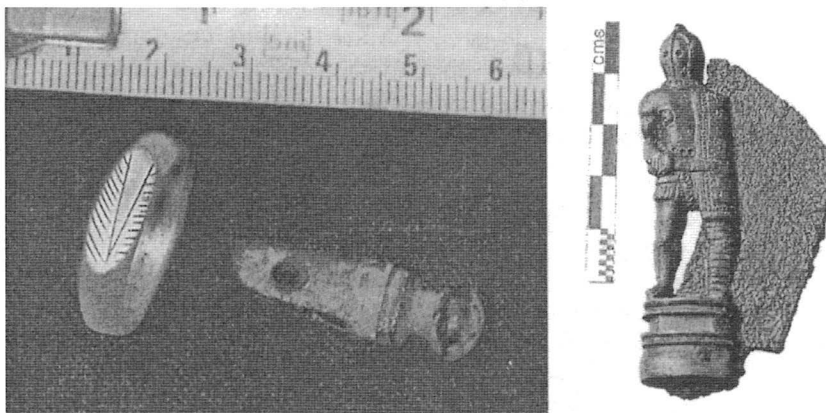
66. Estacio, *Silvae* 1.6.10–27 (ropa y generosidad), 43–4 (comida en las gradas), 75–80 (pájaros). Cf. al respecto, L. FRIEDLÄNDER, *op. cit.* volumen. 2, p.76; G. VILLE, *La gladiature en Occident des origines à la mort de Domitien*. Roma, 1981, pp.151–2, y n. 120–121); G. JENNISON, *Animals for Show and Pleasure in Ancient Rome*, Manchester, 1937, pp.113–16. Sobre la gastronomía romana y la costumbre de comer avestruces y flamencos. Cf. *Apicius, De re coquinaria libri decem*, Paris, 1974 (edición de L. ANDRÉ, Belles Lettres,), donde pueden verse varias recetas de cocina con estas aves.

67. Sobre la generosidad de Domiciano en las *Saturnalia*, cf. Suetonio, *Domiciano*, 4, 5 y Dión Cassio, 67, 4, 4. En el fragmento anterior de Estacio se aprecia la atmósfera comunal, de unión, de todas las clases sociales en este festín de Domiciano; pese a que los senadores recibieron cestas más grandes, todas las clases estaban juntas y el Emperador se unió a ellos. G. VILLE, *op. cit.* pp. 434–5 acepta que Estacio sugiere en el texto que durante el banquete se logra una igualdad social mientras dura el banquete.

68. Suetonio, *Claudio* 34.

iugulorum sanguinem) conforme esta brota fresca de sus gargantas, y la llevan fuera como una cura para la epilepsia? ¿Qué pasa con ellos?”⁶⁹.

Otros autores clásicos también hablan de la sangre humana como curación de la epilepsia⁷⁰. Escribonio Largo piensa que “la sangre fresca de los gladiadores funciona mejor”⁷¹. Plinio dice que “la sangre de la caza muerta con un cuchillo con el cual se había matado a un hombre es una cura para la epilepsia”⁷². A los enfermos, se les recomendaba que bebieran la sangre del gladiador muerto en el combate o que se la frotaran sobre la piel⁷³.



¡res objetos de la vida cotidiana hechos con el metal de las armas de los gladiadores. Izquierda: anillo representando la palma de la victoria que recibía el vencedor. Colgante en forma de *gladius*. Derecha: navaja con mango moldeado como un *secutor*.

69. Tertuliano, *Apolonio* 9, 10.

70. Minucio Felix, *Octo* 30, 5; Plinio, *Naturalis Historia*, 28; Celso, *Medicae* 3, 23.

71. Escribonio Largo, *Compos*, 17, 19 ss.

72. Plinio, *Naturalis Historia*, 28, 34. Plinio expresa su repugnancia ante esta práctica, afirmando que los aquejados bebían la sangre como si se tratase de la fuente de la vida, e incluso aseguraba que preferían sorber la sangre directamente de la herida cuando aún estaba caliente y humeante y aún conservaba los restos del alma viva. La práctica es confirmada por Apuleyo, *Metamorfosis*, 4, 14, Celso, *Medicae*, 3, 23, 7 y otros médicos que la condenan por anticientífica, inhumana y peligrosa.

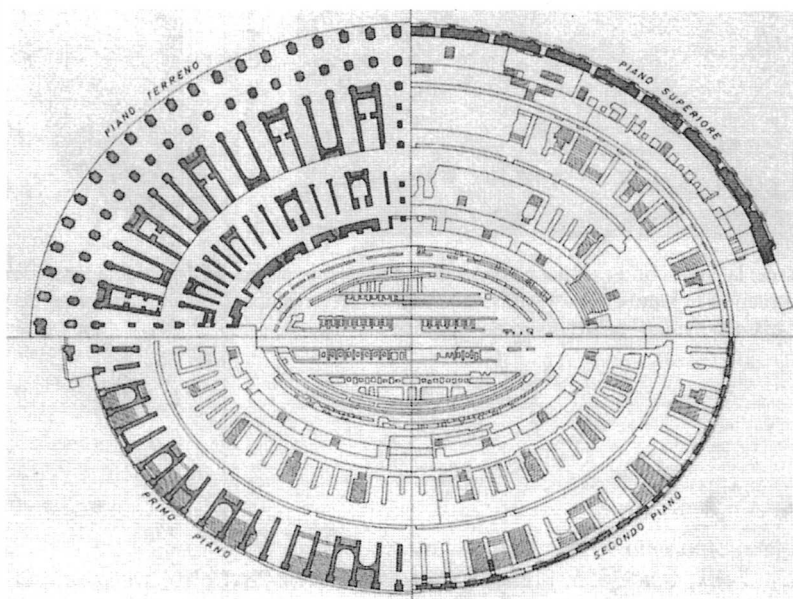
73. Sobre estos temas, cf. principalmente, T. GARCÍA LABRADOR, *La sangre: los orígenes de su simbología religiosa y las interrelaciones culturales*, León, 2006, pp. 246-283 (Tesis Doctoral inédita, ejemplar mecanografiado).

D) *Textos que hacen referencia a que los recintos en los que se celebraban los espectáculos gladiatorios estaban diseñados para hacer disfrutar a la masa.*

Casiodoro se refiere a los anfiteatros diciendo:

“Su arena está trazada como un huevo [elíptica]: así el espacio es adecuado para los competidores, y los espectadores pueden contemplar más fácilmente, dado que su enorme circunferencia los aglutina a todos juntos”⁷⁴.

A este respecto contamos en la actualidad con más de 300 anfiteatros que se conservan a lo largo de toda la geografía del Imperio, cuyo análisis evidencia claramente que el anfiteatro estaba diseñado primordialmente para que la masa pudiese contemplar más fácilmente el espectáculo, de manera que éste les resultase verdaderamente asombroso y espectacular.



Planta del anfiteatro Flavio

Muchos anfiteatros se cubrían con toldos (*vela*) durante los espectáculos para proporcionar sombra a los espectadores en los días calurosos. El toldo era considerado como una comodidad indispensable para un espectáculo, razón por la

74. Casiodoro, *Variae* 5, 42.

cual se hacía constar claramente en los anuncios (como hoy las plazas de toros). El siguiente anuncio apareció pintado sobre un muro de Pompeya:

“*Decimus Lucretius Satrius Valens*, sacerdote permanente de Nerón César, hijo de Augusto, te ofrece 20 parejas de gladiadores. Y presentados por *Decimus Lucretius*, hijo de *Valens*, 10 parejas de gladiadores. Combatirán en Pompeya desde el sexto día antes de los *idus* de abril, hasta la víspera. Habrá una *venatio* convencional y toldos (*vela erunt*)”⁷⁵.

E) Textos que hacen referencia a los seguidores de los gladiadores y a los disturbios que se producían durante los juegos.

A los romanos les encantaba ser fieles a sus favoritos y animar a sus ídolos. Esto generaba en los aficionados grandes emociones y disparaba la adrenalina (al igual que ocurre hoy con un Madrid-Barça), implicaba al espectador en la competición y un espectador implicado “vencía” con la victoria de su gladiador favorito y “moría” con su derrota. Las apuestas intensificaban todo esto, aumentando aún más el interés de la gente por el resultado de los combates. Los espectadores animaban a determinados gladiadores (como *Hermes*, ensalzado por Marcial), aunque por lo general los aficionados se agrupaban entorno a un tipo de gladiador, del cual se declaraban fieles seguidores. Estaban, por ejemplo, los que apoyaban a los gladiadores de armamento ligero frente a quienes apoyaban a los de armamento pesado. Los aficionados llamados *scutarii* iban con los gladiadores que llevaban grandes escudos (los de armamento pesado) mientras que los llamados *parmularii* eran incondicionales de los gladiadores que portaban un escudo reducido (los de armamento ligero). Incluso los Emperadores tenían sus favoritos como sabemos por Suetonio:

“[Tito] reconocía sin tapujos su preferencia por los gladiadores tracios, y sobre este particular gesticulaba y bromeaba a voces con la muchedumbre, aunque sin perder nunca su dignidad ni su sentido de la justicia”⁷⁶.

Y, evidentemente, aunque Tito no perdiese las formas, ponerse de parte de un sector de la afición suponía ganarse la animadversión de la otra parte. A Domiciano, por el contrario, no le importaba perder las formas, por lo que cuando un aficionado de los *parmularii* le criticó que favorecía a los *scutarii* (los favoritos de Domiciano) no dudó en echarlo a los perros, como dice también Suetonio:

“A un terrateniente que dijo que un gladiador *thraex* era rival para el *myrmillo*, pero no para el *munerarius* [Domiciano, indigno por no ser justo], lo hizo arrastrar desde

75. *CIL*, IV, 3884.

76. Suetonio, *Tito* 8.

su asiento y arrojarlo a la arena a los perros, con este título [que hizo pasar por las gradas]: “Un [fan] parmulario que habló impiamente”⁷⁷.

Ciertamente Domiciano no aceptaba muy bien las críticas, como señala Suetonio en otro pasaje de su obra:

“Pero él no continuó su curso de misericordia o integridad, sino que se desvió hacia la crueldad un poco antes que hacia la avaricia. Ejecutó a un pupilo del actor de pantomima *Paris*, que todavía era un chico imberbe –y enfermo en ese momento– porque en su destreza y en su apariencia no se parecía a su maestro. También ejecutó a *Hermógenes* de Tarso debido a alguna alusión en su *Historia*, además de crucificar incluso a los esclavos que la habían puesto por escrito”⁷⁸.

Por todos estos problemas, Marco Aurelio agradece a su preceptor que le hubiese enseñado a no tomar parte ni por los *parmularii* ni por los *scutarii*, lo cual, por otro lado, no le era difícil, ya que, como hemos apuntado antes, Marco Aurelio detestaba los espectáculos del anfiteatro.

Por otro lado, asistir a los *munera gladiatorum* no conllevaba solamente entretenimientos y diversiones, sino también algunos riesgos, sobre todo, si surgían disturbios entre tanta acumulación de gente. Al principio, los disturbios y estampidas constituían un verdadero riesgo, puesto que la inestabilidad de los anfiteatros era manifiesta. Sin embargo, más adelante, el riesgo de hundimiento quedó aminorado por la construcción de anfiteatros permanentes, que contaban con amplias entradas que evitaban los aplastamientos al acceder o salir y tenían protecciones adecuadas contra las fieras; incluso el riesgo de quemadura solar fue eliminado mediante el toldo.

Pero ninguna mejora estructural podía proteger a la gente de sí misma; los malos modos y el *hooliganismo* en las gradas eran un problema recurrente, lo que daba lugar a alborotos. A comienzos del Imperio la seguridad en los anfiteatros fue controlada por los soldados que impedían que se cruzase la delgada línea que separa la exteriorización de las pasiones del intercambio de golpes. No obstante, en ocasiones, la actitud condescendiente del Emperador no hizo sino empeorar las cosas. Así, por ejemplo, en los primeros años de su reinado, Nerón adoptó una actitud populista, dejando hacer a la gente y no restringiendo su comportamiento, como informa Tácito:

“En el teatro había peleas entre bandas que animaban a artistas rivales. Nerón transformó estos desórdenes en auténticas batallas ya que él no aplicaba penas y ofrecía premios –observando en persona, en secreto, pero otras muchas veces incluso abiertamente–. Al final, sin embargo, los rencores públicos y los miedos a que la

77. Suetonio, *Domiciano*, 10, 3.

78. Suetonio, *Domiciano*, 10, 5.

cosa fuera a peores disturbios no dejó otra alternativa sino volver a destacar tropas en el teatro”⁷⁹.

Así, Nerón comprendió que al pueblo no se le puede dejar actuar a su libre albedrío, ya que es incapaz de auto controlarse y entendió que era necesario gobernar a los hombres. Para tal fin, durante su mandato el prefecto de Roma, ayudado por las cohortes urbanas, estaba autorizado a infligir castigo sumario (que no capital) para mantener el orden en los juegos.

El lanzamiento de piedras en la arena del anfiteatro era tan frecuente que tuvo que prohibirse mediante una ley, como sabemos por Macrobio:

“Un edicto [de 56 a.C.] prohibía el lanzamiento de piedras a la arena, especificando que lo único que podía lanzarse a ésta era fruta”⁸⁰.»

Por algunas referencias en el *corpus* jurídico romano sabemos que las asociaciones de *iuvenes* eran los principales causantes de los disturbios en los juegos:

“Ciertas personas, que comúnmente se llaman a sí mismas *iuvenes*, en ciertos pueblos donde hay desorden causan disturbios con la muchedumbre en las gradas. Si no hacen más que esto, y no han sido previamente advertidos por el gobernador, se les muele a palos con varas y se les suelta, o se les prohíbe también asistir a espectáculos públicos. Pero si tras tal corrección son cogidos de nuevo haciendo lo mismo, son castigados con el exilio, o algunas veces se puede imponer la pena de muerte, por ejemplo cuando han sido frecuentemente hallados culpables de comportamiento sedicioso y alborotador y, tras repetidos arrestos y tratamiento demasiado condescendiente, persisten en la misma actitud inmadura”⁸¹.

Estas asociaciones eran en parte financiadas por las autoridades a cambio de que mostraran actitudes correctas hacia la tradición y los valores romanos, con el fin de que extendiesen estos valores entre la juventud en general. En esencia, se supone que estas agrupaciones de jóvenes debían comportarse según unos ciertos valores en las gradas pero –pese a que se les pagaba para ello– a veces su comportamiento era contrario al esperado. Encontramos así un paralelismo con los grupos de aficionados de los actuales equipos deportivos (sobre todo de fútbol), los cuales reciben dinero de las autoridades del club para que en la grada y fuera de ella, con su ejemplo, difundan los valores del club y hagan obras con las cuales atraigan más gente joven a la causa del equipo, pero a veces estos aficionados se descontrolan y dan lugar a altercados.

Los disturbios podían empezar, como hoy, en los prolegómenos del encuentro (cuando las aficiones coincidían en los accesos al anfiteatro), pero a menudo también solían iniciarse en las gradas, cuando el espectáculo ya estaba en

79. Tácito, *Anales* 13, 25.

80. Macrobio, *Saturnalia*, 2, 61.

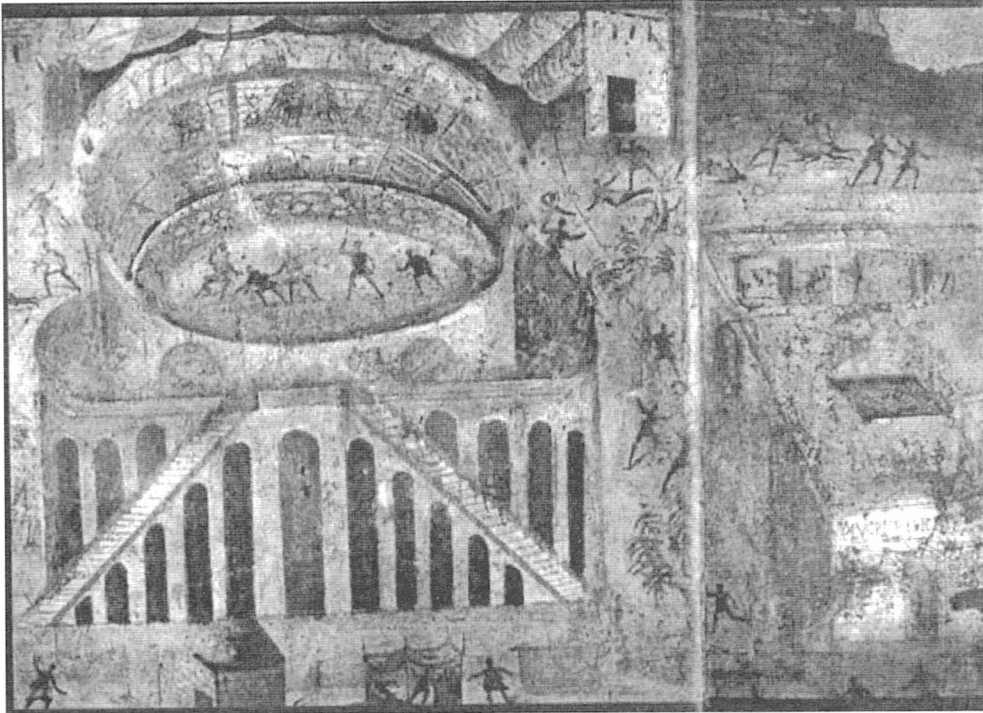
81. Digesto, 48, 19, 28, 3; Callistrato, *Examinaciones judiciales*, libro 6.

pleno desarrollo, tal y como ocurrió en el anfiteatro de Pompeya en año 59, donde los habitantes de Pompeya se enzarzaron en una pelea contra los de la localidad vecina de Nucera. De hecho, éste es el primer disturbio deportivo entre aficiones del que se tiene referencia en la historia, narrado magníficamente por Tácito:

“Sobre el mismo tiempo un primer incidente sin importancia condujo a un derramamiento de sangre horrible entre los habitantes de Nucera y los de Pompeya, durante un espectáculo gladiatorio ofrecido por *Livinius Regulus*, quien había sido, como he dicho, expulsado del Senado. Con el espíritu barriobajero propio del pueblo llano, ambos bandos comenzaron por insultarse verbalmente; luego recurrieron a las piedras y, finalmente, a las armas, quedando la ventaja del lado de los de Pompeya, donde se estaba celebrando el espectáculo. Y a resultas de esto fueron traídos a Roma varios vecinos de Nucera, con sus cuerpos mutilados por las heridas, y lamentando muchos las muertes de niños y parientes. El emperador [Nerón] confió el enjuiciamiento del caso al Senado, y el Senado a los cónsules, y luego de nuevo el asunto fue remitido de vuelta a los senadores. Se prohibió a los habitantes de Pompeya celebrar tales reuniones públicas (*munera*) durante 10 años, y todas las asociaciones que habían formado en desafío de las leyes fueron disueltas. *Livinius* y los demás que habían animado el disturbio fueron castigados con el exilio”⁸².

Un fresco encontrado en Pompeya representa este mismo disturbio en pleno desarrollo. En él aparece en la arena algunas figuras que, sin vestir ropas de gladiadores, se están golpeando. Durante esa década de prohibición parece que atletas al estilo griego sustituyeron a los gladiadores. En el 69 expiró la prohibición y el anfiteatro de Pompeya volvió a acoger juegos de gladiadores hasta el 24 de agosto del 79, cuando la lava del Vesubio sepultó la ciudad y a muchos de sus habitantes.

82. Tácito, *Anales* 14, 17.



Fresco del disturbio en el anfiteatro de Pompeya (año 59). Museo de Pompeya.

Y, ciertamente, las envidias y rencores entre ciudades vecinas podían surgir por los mismos motivos banales que hoy día, como, por ejemplo, quién tenía el anfiteatro más grandioso y espectacular. El famoso anfiteatro de madera de *Placentia* (hoy Piacenza) era evidentemente fuente de envidia para las ciudades vecinas. En el 69 el Emperador Otón tomó la ciudad y el anfiteatro resultó quemado, aunque la autoría del incendio no quedó clara, como vemos también en Tácito:

“Durante aquella lucha el bello anfiteatro, que estaba situado fuera de las murallas, ardió, bien por culpa de los sitiadores mientras estos lanzaban teas ardiendo, balas de fuego y misiles en llamas o por los sitiados mismos, al responder estos también con fuego. El pueblo llano de la ciudad sospechó que los habitantes de las colonias de alrededor habían estado traicioneramente apilando material inflamable en el anfiteatro, ya que estos lo miraban con envidia y celos, pues ningún otro edificio en Italia era tan grande”⁸³.

83. Tácito, *Historias*, 2.21.

F) *Textos que indican que los medios de comunicación se hacían eco de las noticias de los juegos gladiatorios*

C. Diem, J. M. Cagigal y R. Mandell hacen especial hincapié en que no puede haber deporte espectáculo de masas sin una prensa deportiva que recoja diariamente y de modo exhaustivo las noticias y todo lo referente a ese deporte. C. Diem y R. Mandell consideran que la prensa deportiva nace a principios del siglo XX en Estados Unidos, lo que les permite fijar esa fecha como nacimiento del “deporte espectáculo de masas”⁸⁴. J. M. Cagigal coincide en la fecha, aunque considera más prudente esperar a la década de los años sesenta para encontrar un deporte que recibe atención adecuada en los medios⁸⁵. No obstante, en Roma el deporte gladiatorio ya era objeto de seguimiento intenso en los medios de comunicación de la época.

El diario de Roma, llamado *Acta Diurna* o *Actis Urbis*, iniciado en 59 a. C., se hacía eco del espectáculo, ya que recogía, en lo que podríamos llamar “sección deportiva”, todas las noticias del mundo gladiatorio; las crónicas de los *munera* recientemente celebrados, las curiosidades de las estrellas del momento, los cotilleos, etc. lo mismo que la prensa deportiva actual. Vemos así que ésta ya existía entonces en una forma primigenia. Este aspecto es de interés especial, puesto que se trata del primer periódico de la historia que ofrece este tipo de información, por lo que podemos considerarlo como el “nacimiento” del periodismo deportivo. El *Acta Diurna* tenía incluso tanto prestigio sobre el rigor de la información que incluso se utilizaba como fuente por los autores más reconocidos. Plinio, por ejemplo, incluye en su *Naturalis Historia* un episodio deportivo tomado del *Acta Diurna*:

“Aparece en el *Acta [Diurna]* que durante el funeral de Félix, un auriga, uno de sus “fans” se tiró a la pira –una triste historia– y los “fans” opuestos trataron de evitar que esto fuese interpretado como valía del muerto, asegurando que el hombre se desmayó debido a la cantidad de esencias [echadas en la leña de la pira para perfumar el humo, vamos que cayó “colocado”⁸⁶.

Del mismo modo, los combates de Cómodo en la arena merecían varias líneas en el *Acta Diurna*, como se recoge en la Historia Augusta:

“Y era su costumbre, además, ordenar la publicación en el acta de la ciudad [*actis urbis*] de todo lo que él hacía que era mezquino, impuro o cruel, o típico de un gladiador, o de un proxeneta [*lenone*]⁸⁷.”

84. C. DIEM, *op. cit.* p. 133; R. MANDELL, *op. cit.* p. 193.

85. J. M. CAGIGAL, *op. cit.* 1981, p. 50.

86. Plinio, *Naturalis Historia*, 7, 53.

87. S.H.A., *Cómodo*, 15, 3.

Los artículos del *Acta Diurna*, al igual que el *libellus* de cada *munus*⁸⁸, permitían además afinar las apuestas de los espectadores por sus gladiadores favoritos. Sin duda, como ya vimos, las apuestas eran múltiples y daban vida y emoción a los *munera gladiatoria*.

Como conclusión general a este breve trabajo podemos decir, en primer lugar, que el deporte gladiatorio presenta varios de los rasgos definitorios del “deporte espectáculo de masas”, por lo que debemos considerarlo como el origen de dicho deporte, es decir, como la primera manifestación de la historia del “deporte-espectáculo de masas”. Y, en segundo lugar, que debemos realizar una nueva revisión histórica sobre la fecha de la aparición del deporte espectáculo de masas y llevarla hasta el siglo I a. C. y no al XIX-XX como hasta ahora se venía haciendo.

88. El *libellus* era una especie de folleto informativo que se editaba para publicitar cada *munus*.